

## HOMENAJE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA A LA MEMORIA DEL ACADEMICO DE NUMERO PROFESOR CARLOS TIRADO MACIAS

### *Acta de la sesión.*

En el Salón de la Academia Nacional de Medicina, a las 6 p. m. del día 16 de marzo de 1943, tuvo lugar la sesión especial de la Corporación, en homenaje a la memoria del Académico de Número Profesor Carlos Tirado Macías, bajo la presidencia del Académico Julio Aparicio y con asistencia de los Académicos Manuel Antonio Cuéllar Durán, Arcadio Forero, Carlos Trujillo Gutiérrez, Marco A. Iriarte, Gonzalo Esguerra Gómez, Jorge Bejarano, Francisco Vernaza, Lisandro Leyva Pereira, Manuel Antonio Rueda Vargas, Guillermo Uribe Cualla, Luis Patiño Camargo, y Pablo A. Llinás. Asistieron también a la sesión los parientes del extinto y un numeroso y selecto público.

El Secretario dió lectura al Acta de la sesión anterior, la cual fué aprobada sin modificaciones.

Acto continuo, el señor Presidente concedió la palabra al Académico Lisandro Leyva Pereira, quien en un elocuente discurso hizo el elogio del Académico Tirado Macías.

Terminada la oración del Académico Leyva, se levantó la sesión a las 7 y 45 p. m.

### *Oración del académico Profesor Leyva.*

Señoras, señores:

Tributa hoy la Academia Nacional de Medicina de Bogotá, con sobra de justicia, el póstumo homenaje a quien fué uno de sus miembros más prestantes.

La Presidencia me ha designado para que lleve la palabra en estos momentos de honda pena para la docta corporación. Quien preside estos debates conoce de sobra mi insuficiencia y falta de preparación para estas cosas; pero seguro, ha pensado que las desgarraduras tan profundas que en mi espíritu ha dejado la partida del amigo irremplazable, sería una especie de agua lustral, que transformándome me permitiera decir quié fué CARLOS TIRADO MACIAS y siquiera medio bosquejar su obra; desgraciadamente aquello es mitológico como esto imposible.

Pero no podía rechazar el mandato; es natural también que cuando una amistad tan sincera, tan cimentada como era la nues-

tra, es rota or la fatalidad, trate de que quede de hacer algo por la memoria del desaparecido; aun cuando muchas veces, como lo anota Tomás Rueda Vargas, el exceso de cariño perjudica y el deseo del mucho decir entorpece la pluma, paraliza la lengua y apoca el léxico.

\* \* \*

Carlos Tirado Macías nació en Salamina, del hogar que fundara en esa entonces incipiente ciudad, el doctor Luis María Tirado con la benemérita matrona Natalia Macías Marulanda, oriundos de Medellín, núcleo central de donde partieron los conquistadores indomables de las riquezas que guarda, celosa la naturaleza, en los inexpugnables y abruptos riscos de la masa central de nuestros Andes.

La herencia y el ejemplo lo modelaron ciudadano en la acepción completa del vocablo. El medio abrupto en que su vida se inició, lo formó íntegro y seguramente contribuyó a darle esa apariencia un poco adusta, que no era sino un espejismo, fenómeno que a veces permite ver en el más puro de los cielos inhóspites barrancos y profundas simas. Es probable también que el ambiente hubiera contribuido a su hipersensibilización poética; seguramente en Salamina crecían, cuidadas con maternal cariño, en el patio de la casa solariega flores de corolas complicadas, seguramente también existía el arroyo que al desgredar su diamantina cabellera contra la dura roca, entretejiera con los helechos de la orilla finísimos encajes; todo esto impresionó el alma de artista que se formaba y lo hizo poeta del más puro lirismo.

Sería inexacto si dijera que Tirado Macías hubiera cultivado o tañido tal o cual cuerda de la lira; es más, si él estuviera presenciando este acto, yo le veo, las blancas escleróticas brillantadas por las lágrimas, al escuchar mi acento emocionado y la sinceridad con que pretendo dar a la sesión toda la solemnidad que se merece; pero esos ojos humedecidos, digo, se tornarían adustos y agresivos, porque a Carlos, nunca pude explicarme la razón de aquello, le contrariaba que lo creyeran poeta; pero como lo era de manera integral "Huyendo de la luz, La luz llevando, Sigue alumbrando las mismas sombras que buscando va", sentencia en este caso más exacta que quién inspiró la inmortal estrofa al egregio poeta montañero.

\* \* \*

Para un hombre de los conocimientos en la ciencia del derecho tan vastos y de una oratoria tan fluída, y tan llena como la que poseía el genitor de los Tirado Macías; las agrestes montañas caldenses no eran escenario propicio; esto por una parte y por otra los sucesos políticos de aquellas convulsas épocas, determinaron la ve-

nida de la familia para la capital, lo cual tuvo lugar en las postrimerías del siglo pasado.

Los varones Ricardo y Carlos habían llegado varios años antes, de tal manera que cuando los suyos arribaron ellos terminaban sus estudios secundarios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, regentado por el insigne formador de juventudes presbítero doctor Rafael María Carrasquilla; quien distinguió y apreció a Carlos de manera especial; al pie de su diploma de bachiller estampó el nombre completo, honor que sólo confería, el ilustre maestro, a quien era sobre-saliente. Obvio decir que Tirado supo corresponder a ese cariño, reconociendo siempre los enormes méritos de su maestro y sirviéndolo en todo cuanto pudo, cuando el correr del tiempo lo puso en condiciones para hacerlo.

Mucho se pudiera decir de aquella época y de las actuaciones del adolescente en ellas. Su sensibilidad poética se exteriorizaba y lo hacía conocer; naturalmente no existía centro literario alguno en la capital en que no ocupara su puesto de vanguardia. Algunas de sus producciones se conservan afortunadamente, son modelos de inspiración y de belleza en el lenguaje; sólo él parecía no quererlas. Pero aquella inteligencia superior resolvió dedicarse a la medicina; su paso por las aulas de Santa Inés y por el viejo Hospital no fué, así tenía que ser, el del estudiante del montón, siempre se destacó entre los primeros, cosa reconocida por maestros y condiscípulos.

Escribió para doctorarse un trabajo sobre el "Tratamiento del pie Zambo", del cual puedo decir, y respaldo mis palabras con toda la poca autoridad que en estos menesteres pueda tener, que si alguien entre nosotros hiciera un estudio sobre este tema y no lo conociera, su obra quedaría incompleta; sobre esta materia sí pudiera explanarme algo porque tengo que trajinarla diariamente, pero freno los ímpetus de especialista en gracia de vuestro cansancio y la monotonía.

Carlos Tirado Macías se graduó el año de 1904, es decir poco después de terminada nuestra última guerra civil, en la que actuó dándole a su causa lo único que tenía, su persona. Intencionalmente he dicho a su causa y no a la de los heridos por ejemplo, porque yo creo que en circunstancias como en la que nos encontramos se debe respetar la voluntad del desaparecido y muchas veces Carlos, en esas charlas deliciosas que teníamos por las tardes en su consultorio, donde con tanto celo y arrogancia, como decía alguno se le guardara la espalda al Hombre de las Leyes, hasta el punto que la tal seguridad contribuyó a que las miradas de nuestro gran caudillo se dirijan más bien hacia el inofensivo convento franciscano; pues bien allí le oímos decir en repetidas ocasiones "No vayan ustedes a creer que yo me fuí a la guerra, de la misma manera que

Jorge Martínez Santamaría, es decir, para curar heridos; me fui para ayudar a mi partido a tumbar (cambio el vocablo a pesar de estar en uso corriente) a los godos— Transcribo su voluntad, pero aseguro que Tirado Macías jamás hizo un disparo, no digo a un semejante, pero ni siquiera a un animal de caza pues lo único que él no quería, ni concebía cómo podía quererle eran los llamados deportes; esto por una parte y por otra porque tenía la sensibilidad más extraordinaria al dolor ajeno que yo haya conocido; de tal manera que su actuación en la contienda pudo tener cualquier motivo pero la finalidad fué aliviar el dolor, aplicando, sin distinción ninguna, los recursos que sus enormes conocimientos le proporcionaban.

El prólogo de su actuación en la vida pública y en la Medicina nacional, comprendió un lapso de tiempo de cuatro años, el primero de los cuales lo pasó en la histórica y corrugada provincia santandereana de San Gil, donde se inició en el ejercicio de su profesión; y los otros tres en la Europa de entonces; es decir cuando se podía contemplar en todo su apogeo, la civilización y la cultura más grande de la Historia. Nadie podía imaginarse que poquísimos años después, aquel sol deslumbrante se ocultara como en nuestros veloces atardeceres de intenso colorido; pero que no dan tiempo para admirarlos en detalle, pues las tinieblas los devoran con vertiginosa rapidez.

Cuántas veces mi nunca bien sentido compañero y amigo, al regresar a San Gil, después de la visita al rancho suspendido en la roca santandereana; caballero en su macho negro, de que tantos elogios nos hiciera y que entre otras virtudes tenía la de haber sustentado sobre su fuerte lomo la personalidad ilustre del General Benjamín Herrera; cuántas tardes digo, los ojos del poeta en un recodo del áspero sendero contemplaron el deslumbrante fenómeno; su ferviente imaginación seguramente lo transportó muy alto; desgraciadamente en la curva siguiente del camino sólo la horrible obscuridad reinaba; de tal manera, que tenía que confiarse íntegramente al instinto brutal de su cabalgadura para llegar al pueblo.

No es sólo por casualidad, ni por seguir el orden cronológico en la vida de Tirado Macías por lo que anoto el hecho en apariencia paradójico, en cuanto a enseñanza se refiere; de San Gil y París —no— para un profesional inteligente y que en las aulas comprende la magnitud de la misión que en la vida le corresponde; al dejar los claustros se pone en contacto con la realidad, aprende aquello que no se puede enseñar en la Universidad, como es el manejo de la clientela y de sus mayores necesidades y luego se va a perfeccionarse en los núcleos de origen, que pudiera decirse —Libreme Dios— de hacer comparaciones entre antaño y ogaño; pero

sí tengo que anotar con tristeza, que nuestras juventudes médicas, quizá atemorizadas y en un complejo de inferioridad arraigado y ocasionado en gran parte por los rápidos viajes a centros deslumbrantes por su oro y su mecánica; de donde el joven graduado no trae sino un aparato, que lo hace creer especialista, la bolsa y el magín vacíos, una dificultad indispensable para expresar sus escasos conocimientos, que los vende en la feria al ruido de estridentes maracas que recuerdan el Africa lejana.

Las actuaciones brillantísimas que llenaron la vida de Tirado Macías, en todos los ramos donde a él le provocó intervenir, me exoneran de seguirle sus pasos por Europa y tratar de localizar el maestro, o la circunstancia que lo hubiera orientado en tal o cual sentido; él partió sabiendo en qué iba a perfeccionarse, en dónde encontraba aquello que deseaba y a quién debía buscar. Cinco minutos de conversación con Tirado eran suficientes para hacer ver a cualquiera la personalidad que tenía enfrente.

El profesor Albarran lo acogió con cariño y así le fué muy fácil escudriñar todas las reconditeces del ramo de la medicina, del cual son columnas sustentadoras de lo que pudiera llamarse arco toral Guyon y el inmortal cubano, que gracias a su genio logró encumbrarse hasta el profesorado en la Facultad de Medicina de París.

La cirugía en general, él, como Guillermo Gómez, como Zoilo Cuéllar, como Pompilio Martínez y todos los que verdaderamente han valido en esta ciencia, tenía su basamento en la clásica escuela de Terrier.

Viajó, miró, estudió y leyó cuanto pudo; su memoria prodigiosa, como una cinta cinematográfica, impresionó todo aquello de manera definitiva, y así en cualquier momento la película se proyectaba en la pantalla de sus labios con precisión exacta; modulada con una voz tan suave y argentina, que se dijera corresponder a las notas medias de un coro gregoriano.

Volvió a su tierra, trayendo en su cerebro maravillosamente coleccionado todo lo que en seis lustros de vida había captado. En sus maletas de viaje, lo necesario para presentarse de una manera correctísima, casi elegante ante la sociedad. Como arsenal quirúrgico lo absolutamente indispensable; él no necesitaba el aparato brillante que impersonara la retina de los espectadores. Así armado caballero sin quijotezco alarde se presentó a la escena, por todo anuncio de su entrada en ella, una placa de cobre ovalar que mide exactamente 18 centímetros en el sentido transversal por 10 en su parte más alta y qué dice: "CARLOS TIRADO MACÍAS — MEDICO CIRUJANO".

Instaló su consultorio en el costado oriental del parque de Santander en los bajos de la casa de su amigo el señor don Luis Vargas.

Sucedió lo que tenía que suceder, Bogotá apreció el gran valer del recién llegado y solicitó sus conocimientos. Durante varios lustros Tirado y Zoilo Cuéllar Durán fueron los porta estandartes en su especialidad. Cosa curiosa en el humano emjambre, esos dos hombres, como las paralelas, jamás chocaron; prueba de que la fricción no se produce sino por el descuido o la carencia de ética profesional. Hay más, ellos dos se querían extraordinariamente; de tal manera que en su lecho de muerte Zoilo, martirizado por la cruel dolencia que lo llevó a la tumba, balbuceaba el nombre de su amigo y no pudiendo exteriorizar su pensamiento le estrechaba la mano; mientras chorros de lágrimas surcaban las mejillas del sobre viviente. Una vez muerto Cuéllar, Tirado no pudo controlarse, toda su sensibilidad poética estalló y se exteriorizó en una de las más sentidas despedidas de que los cipreces del viejo cementerio hayan sido testigos.

La Facultad de Medicina, no podía dejar de lado un hombre de tales condiciones y así lo llamó primero para la cátedra de Patología Externa y desde 1932, para desempeñar, en su carácter de profesor titular la de Ginecología.

Interminable me haría si tratara siquiera de enumerar a manera de letanía lo que hizo mi amigo en el profesorado; afortunadamente un buen número de tesis dirigidas por él guardan para la posteridad bastante, de su obra. En cuanto a la parte didáctica se refiere, cedo la palabra a uno de sus discípulos Jaime Villegas, quien sintetiza e interpreta muy bien el unánime concepto en la forma siguiente: "Sentarnos a escuchar al profesor Tirado es una delicia, de sus labios brota el torrento más puro de palabras; su descripción por ejemplo de un quiste del ligamento ancho sólo es comparable a la que hace el Maestro Valencia del circo romano".

\* \* \*

Cirujano de verdad, su bisturí lo dirigía la inteligencia y el conocimiento exacto de lo que cortaba, de por qué lo cortaba y de para qué lo hacía; no era la mecánica aprendida en el catálogo de una casa fabricante; eso nó es cirugía ni cirujano quien tal acto ejecuta. Afortunadamente el hecho de pertenecer a esta docta corporación, lo obligó a escribir, en un momento dado, la bella comunicación que él tituló "UNA OPERACION CALUMNIADA", el Cielo le permitió ver la confirmación de sus acertos.

Dije que afortunadamente le obligó a escribir, porque la causa principal de que la obra médica de Tirado se perdiera en su inmensa mayoría, fué la de su memoria extraordinaria, que le hacía innecesaria la escritura y que como antes dije le permitía en cualquier momento citar nombres, fechas y hechos con precisión extraordinaria; en esas condiciones, claro es que el papel sobra. Lea, todo lo que se ha escrito sobre nuestra historia y sobre todo de la

independencia, pasó por su vista y se grabó en su mente; admiró y veneró a Santander, reconociéndole toda la grandeza que tuvo, sin que esto significara mengua en la gloria de Bolívar. Oírlo hablar de aquellos hombres y narrar episodios de esa época histórica era una verdadera delicia, y constituía el mayor atractivo que congregaba, a tantos hombres de valer en su consultorio por las tardes, al terminar faenas.

Ya voy para muy largo y nada he dicho; muy poco he de decir, de su labor parlamentaria. Para bien de las letras colombianas sus discursos políticos existen. Yo sólo dejo aquí constancia de lo que algún copartidario mío y colega de parlamento de Tirado me decía "Carlos no desgarró a su adversario, él lo ahoga en finisimos encajes de Bruselas". La presidencia del Congreso le fué otorgada varias veces; puesto de honor y de combate en que colocan las democracias sus varones ilustres.

Data nuestra íntima amistad de aquél momento en que al mundo llegaron, nuestros hijos, la niña suya y el primero mío. La casualidad había hecho que nuestras casas fueran cercanas. El magno, para nosotros, acontecimiento nos puso en contacto y una amistad químicamente pura fué de ello el resultado.

Si he relatado el origen de nuestro mutuo aprecio, es con el objeto de que veáis la autoridad que tengo para deciros: Tirado fué absolutamente feliz en su hogar, su noble compañera Julita Uribe de Brigard lo comprendió admirablemente, fué su consejera y colaboradora de todos los momentos. Con sus maneras señoriales heredadas de tantas generaciones y conservadas pudiera decirse en apoteosis; en su casa las aristas, del muchas veces mal humorado político se limaban y así le permitían el roce suave, en vez de la fricción violenta, y por último fué la madre de la que completó su vida y le proporcionó los goces indescriptibles que encierra el oír pronunciar el familiar vocablo, de papá.

Por ellas dos Tirado se aferraba a la vida; como un niño aquel hombre que acumulaba tal cantidad de conocimientos, se trataba de engañar a sí mismo, pues él comprendía perfectamente que el retardo en las impulsiones de su corazón iba acercando el momento definitivo, que él veía con horror, y que llegó muy pronto en un día del mes de diciembre en que Bogotá, comenzaba a cantar las excelsitudes, y a esperar la venida del Divino Niño.

¡Dios de las infinitas misericordias! a tu supremo tribunal se presentó como la reina de Ungría, el canto de su blanca blusa de trabajo, lleno con las rosas de la virtud más grande que tu hijo enseñó. ¡La caridad!

Señor Mío Jesucristo.

He terminado.